

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE PALENCIA 2018

Iglesia de Nuestra Señora de la Calle (La Compañía)

Viernes, 16 de marzo

El triunfo de la vida

Javier García Escudero

Periodista

Excelentísimo y reverendísimo señor obispo.

Ilustrísimo señor alcalde.

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades.

Señor presidente y dirigentes de la Hermandad de Cofradías.

Cofrades, palentinos y forasteros, amigos todos.

Ha llegado la hora. Ya no hay nada que esperar. Ahí va mi pregón. Por mi familia, por todos ustedes y por esta ciudad.

Ha llegado la hora. Ya no hay nada que esperar. **La Semana Santa se aproxima y Palencia nos reclama.** Los días más grandes del año se acercan para miles de cofrades ilusionados, miles de familias creyentes en el mensaje de amor y de esperanza que significa la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Pero también se hallan estas fechas marcadas en rojo para otras gentes que quieren estar a pie de calle para vivir el alma de la Semana Santa de Palencia, porque algo tendrá nuestra Semana Grande que es capaz de atraer a todo tipo de públicos. Algo tendrá este camino hacia la luz.

Antes, no obstante, antes de comenzar la lectura de este pregón, justo es que exprese a la Hermandad de Cofradías Penitenciales y a los hermanos mayores de las distintas cofradías mi más sincero agradecimiento por este ilusionante encargo de anunciar esa mezcla de sufrimiento y gozo, de muerte y vida, que simboliza nuestra Semana Santa. Este mandato que ustedes me

han encomendado resulta una experiencia irrepetible, un cometido que solo se produce una vez en la vida y que me obliga a reiterarles mi inmensa gratitud. Esa labor que tan generosamente me ha sido asignada, la tarea de convocaros a presenciar el repetido pero siempre nuevo misterio de una expresión sincera como es la Semana Santa, me abruma aún más al hacerlo aquí, en esta iglesia de geometría clasicista que conocemos como La Compañía, en este templo mariano de Nuestra Señora de la Calle, patrona de la ciudad, ante la imagen de La Morenilla, en esta Calle Mayor de María, que escribiera nuestro recordado José María Fernández Nieto.

Está cayendo la tarde
sobre la calle, María;
se apaga el sol, ya no arde
como esta mañana ardía.
Madre, que no me equivoque,
que es noche a mi alrededor,
que mi calle desemboque
en la plaza de tu amor.

María, que no te falle,
que de las callejas huya,
que cuando ande por la calle
sepa qué calle es la tuya.

Que sé cuánto te desvelas
en mi ardiente oscuridad.
Enciéndeme tus candelas
para ver tu claridad.

Que está cayendo la tarde
sobre esta calle, María
y el sol del Amor me arde
en tu calle, que es la mía.

Me conmueve situarme aquí, bajo este retablo mayor barroco de Pedro Bahamonde, epicentro de Palencia, donde se guarda desde 1769 la milagrosa imagen de la Virgen de la Calle, protectora de los vecinos y objeto de su más sentida veneración, esa Virgen morena de 41 centímetros con su Hijo en brazos sobre una peana y andas sostenidas por cuatro ángeles, esa talla colocada en el tabernáculo central, y al que todos los palentinos dirigimos nuestra mirada y nuestros ruegos.

Al igual que me emociona acometer esta grata encomienda que ustedes han depositado en mis manos en la sede que guarda la arrebatadora imagen del Santísimo Cristo de la Misericordia, titular de la Hermandad homónima, ese crucificado del indulto y del Santo Vía Crucis, de callada figura, de mirada desgarrada por el sufrimiento, de costado sangrante, dolorido, pero con los brazos permanentemente abiertos a la esperanza y al cobijo, marcado por los versos gongorinos:

Pender de un leño, traspasado el pecho
y de espinas clavadas ambas sienes,
dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fue heroico hecho.

Palentinos o no, amigos todos.

La Semana Santa se aproxima y Palencia nos reclama. Esta apoteosis colectiva que inunda de sentimientos y procesiones nuestras calles y nuestras plazas, esta explosión de tradiciones que se transmite de padres a hijos, esta forma de ser y de vivir, nos llama otra vez con la misma fuerza. Otra vez nos llama. Como cada año. Como cada década. Como cada siglo. Nos llama desde el Puente Don Guarín hasta La Yutera, desde Allende el Río hasta Pan y Guindas, desde San Antonio hasta San Juanillo, desde Santiago hasta el Cristo.

Este agradecido pregonero no puede presumir de ser un experto en la Semana Santa de Palencia -más quisiera-, tampoco pertenece a ninguna cofradía -aunque valora, y mucho, los esfuerzos de todos sus miembros, hombres y mujeres, por poner en pie año tras año tanta exaltación de los sentidos-, pero ama tanto como el que más sus desfiles procesionales, su imaginería, sus sonidos, su protocolo, esa simbiosis de religiosidad y fiesta popular que hunde sus raíces en los siglos y en la memoria de nuestra gente.

La Semana Santa de Palencia es la manera de ser de un pueblo, de un pueblo sobrio, adusto, pero a la vez capaz de echarse a la calle para mostrar

su orgullo por lo propio, un pueblo palentino sencillo, pero también sabedor de que debe compartir siempre lo que se celebra con la autenticidad de la fe. Este pregonero lo sabe porque lo ha vivido a pie de calle durante sus más de 35 años de ejercicio profesional como periodista, como un penitente bajo los soportales, como un penitente en cada esquina de calles y plazas. Por eso hoy, de entrada, se permite hacer unas mínimas y respetuosas consideraciones vinculadas a la vida interna de las cofradías y de sus integrantes: ¡qué sería de Palencia sin sus nueve cofradías penitenciales, sin sus casi 5.500 componentes!

El apego a su cofradía de todos y cada uno de ellos, sí, pero también la altura de miras que han mostrado en los últimos años en favor de un proyecto común, un proyecto de ciudad, han llevado a la Semana Santa de Palencia a colocarse entre las mejores de Castilla y León, a ser conocida y reconocida en el resto de España, a ser respetada y admirada.

Sin esa unidad de acción que han evidenciado en los últimos años, jamás se habría logrado su declaración de Fiesta de Interés Turístico Internacional. Cuando se olvidaron aquellas disputas estériles de mi cofradía es la que tiene más hermanos, o la más antigua, o la que mejores pasos saca a la calle, llegó la comunión y el éxito. Esa persecución de lo colectivo, olvidando el yo y los personalismos, debe proseguir, debe recordarse en cada cabildo, año tras año, presidente tras presidente, hermano mayor tras hermano mayor, un ruego que hago extensible al conjunto de la Diócesis. Y no solo porque se alce como un valor cristiano, sino también porque es lo más enriquecedor y lo más inteligente.

Se han dado muchos pasos, resulta innegable, pero aún pueden darse más, aún cabe extender esa idea común de convertir la Semana Santa de Palencia en una sentida manifestación de fe popular mes tras mes y en un atractivo cultural para todo el año. Hay que retomar e impulsar el viejo proyecto de que Palencia tenga su Museo de la Semana Santa. Pero en este empeño no deben estar solos la Hermandad de Cofradías y el Ayuntamiento, han de involucrarse también el resto de administraciones públicas: el Ministerio de Cultura, la Junta, la Diputación Provincial. También el Obispado. Los años de la gran crisis van quedando atrás -o al menos eso nos dicen- y ha llegado la hora de volver a invertir en cultura, en patrimonio y en tradiciones. El futuro destino de la iglesia de San Francisco podría estar vinculado a ese proyecto. Analícese. Estúdiense. Valórese. ¡Qué mejor continente para tan bello contenido!

Pero palentinos y foráneos, amigos, todos, volvamos al silencio, al verdadero valor y alcance de lo que nos aguarda. Ha llegado la hora. Ya no hay nada que esperar. **La Semana Santa se aproxima y Palencia nos reclama.** Regresemos a lo esencial, retornemos a los días de gracia que nos esperan. Solo las verdaderas motivaciones religiosas pueden dar todo su sentido a unas manifestaciones exteriores que recuerdan unos hechos históricos de un tiempo pasado, unos acontecimientos que no han de olvidar esa catequesis pública de lo que significa hoy el misterio pascual, la muerte y resurrección de Jesucristo.

El papa Francisco, en su mensaje para la Cuaresma, nos lo ha recordado de nuevo inspirándose en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: "Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría". "Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad... Si se sienten afligidos como nosotros porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únanse a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos", enfatiza el papa Francisco.

Este tiempo de Cuaresma nos ha vuelto a ofrecer el remedio de la solidaridad como el mejor antídoto contra el egoísmo y la dureza de corazón, aunque todo el año será el tiempo de no olvidar a los marginados de la economía, a los parados, a los que carecen de un techo, a los inmigrantes y a los refugiados, como compete a una Iglesia verdadera y comprometida, a unas cofradías involucradas con la Palencia actual y a cualquier ser humano bondadoso que repara en el otro, en el diferente, en el desprotegido. No pongamos más fronteras a la caridad y a la justicia.

Ahora nos aprestamos a vivir la Semana Santa como otra fiesta para compartir, viviendo las más queridas tradiciones y celebrando el misterio redentor de Cristo. Volvamos pues a ese silencio sonoro que nos obliga a proclamar en la calle, a pregonar, la religiosidad popular, la entrega de Cristo en la Cruz para los cristianos y la resurrección gloriosa, y comencemos la representación viva e itinerante por nuestro corazón y nuestra ciudad.

Y aquí, en esta querida Palencia, monumental y terracampina, abierta y entusiasta, que pelea cada día por vivir y pervivir, la liturgia que conmueve, que transforma por unos días nuestro casco urbano, se inicia con el **Viernes de Dolores**. Nuestro Padre Jesús de la Sentencia sale a la calle. Comienza la irremediable Pasión de un Jesús magullado, injustamente sentenciado. El burdeos de las túnicas y el negro de las capas acompañan a la imagen de Ventura Gómez. Paso lento, al costal. Suenan las cornetas y los tambores de la renovada Banda de la Santísima Trinidad en la plaza de la Inmaculada. Lectura de la Sentencia. La noche todo lo envuelve. La Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y María Santísima de la Esperanza ha sabido encontrar su hueco a pesar de su juventud, y todos los aquí presentes lo celebramos con entusiasmo.

A la sinfonía inaugural del Viernes de Dolores le sigue el **Sábado**. Es sábado de pasión y de perdón, de Piedad y Reconciliación. Cae la tarde en la iglesia de San Agustín. La Hermandad Franciscana de la Virgen de la Piedad impone su espíritu austero al oscurecerse el cielo de Palencia. La Virgen de la Piedad se encuentra con sus devotos. El sobrio marrón franciscano arropa la talla de los Hermanos Martínez. Además estamos de cumpleaños y de enhorabuena: la hermandad conmemora el decimoquinto aniversario de su creación y el vigésimo de la Asociación de Amigos de San Francisco. La doble celebración bien merece esa comunión con el resto de las cofradías, como así se ha concebido en el desfile procesional de este año.

Palmas, luz y alegría en el **Domingo de Ramos**. La ilusión de los niños nos contagia. Una de las grandes procesiones litúrgicas de la Semana Santa llena la mañana de ramos de olivo en honor de Cristo Rey. La Cofradía del Santo Sepulcro, Archicofradía de las Cinco Llagas de San Francisco y Cofradía de San Juan Bautista puede presumir de celebrar al menos desde el siglo XVI la Entrada de Jesús en Jerusalén. Túnicas y capas blancas y cruces bordadas en rojo muestran su orgullo al paso de La Borriquilla, el popular pollino de Víctor de los Ríos. El anticipo agridulce de los días venideros y del misterio de un Mesías manso frente al poder y el orgullo quedan perfectamente reflejados en el poema 'Domingo de borriquita' del sacerdote jesuita y periodista gaditano Pedro Miguel Lamet.

Sabe a domingo y agitar de palma
este triunfo con perfume a olivo
este gritar del pueblo redivivo
en honor del rey señor del alma.

Sabe a pobreza, pequeñez y calma
este ASNO que se lleva altivo
hacia el dolor glorioso y decisivo
al Hombre Dios sobre su humilde enjalma.

Y tanto ramo en la niñez se queda
en un HOSANNA que suena a melodía,
en un recuerdo que nos llora y canta,

como si luego con la luz tardía
nos quedara Jesús en la vereda
a solas solo en su Semana Santa.

La mañana del Domingo trae palmas bendecidas, la imagen de un rey manso y humilde acompañado por una samaritana y un niño, los marginados de aquel tiempo. Palencia y sus vías más céntricas se llenan de júbilo, de alabanzas y de un vuelo alegre de sonrisas infantiles. La tarde del Domingo, sin embargo, presume dolor. Una cruz y una madre rota de aflicción se encaminan hacia el Otero. La procesión del Santo Rosario del Dolor ha partido de San Pablo y el sufriente Santísimo Cristo de la Vera Cruz y la desconsolada Nuestra Señora del Dolor marchan al encuentro de otro de los grandes símbolos de la ciudad, el Cristo de Victorio Macho. La Real, Muy Antigua, Venerable y Dominicana Cofradía Penitencial y Sacramental de la Santa Vera Cruz organiza el primero de sus cortejos procesionales. Túnica negra, capa verde y siglos de devoción y entrega a sus espaldas, de sentimiento sincero y arraigado.

Arranca el Lunes. Ya estamos en **Lunes Santo**, el día de las Llagas Santas. La traición, la humillación y la angustia se aproximan. El Lunes Santo tiene en Palencia un protagonista único: Nuestro Padre Jesús Crucificado, ese Cristo estigmatizado de Alejo de Vahía que abandona la iglesia de San Francisco para procesionar como la talla más antigua que recorre las calles palentinas. La Cofradía de Jesús Crucificado y Nuestra Madre Dolorosa

-túnicas blancas, capas azules celestes- pone en pie la Procesión de las Cinco Llagas. Si la tradición medieval cifraba en 5.466 las llagas infligidas a Jesús durante su Pasión, la Cofradía de Jesús Crucificado reverencia con la oración las heridas que sufrió durante la crucifixión en las manos, en los pies y en el costado. Cinco marcas de amor y de perdón.

Martes Santo. Martes Santo con algunos estrenos este año, aunque la esencia permanece. También las sombras, la noche y el estremecimiento. La singularidad de la Procesión del Prendimiento, del acto del Prendimiento en San Miguel, no tiene parangón. Los portones de San Miguel se abren y ese cartel de la pintora Inés Martínez González que anuncia este año la Semana Santa de Palencia, aunando la majestuosidad del templo y la talla de Jesús Nazareno 'El Viejo', Medalla de Oro de la Ciudad, comienza a cobrar sentido.

Pero hoy el protagonista no es otro que un maniatado Jesús de Medinaceli, un Cristo cautivo que enfervoriza a los palentinos en el primer viernes de cada marzo. La Archicofradía de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, túnica morada de sarga con capa de raso malva, incorpora al cortejo de este 2018 un tararú propio y su Libro de Reglas. Mayor realce si cabe para el apresamiento de Jesús traicionado por Judas.

Los sentimientos convertidos en colectiva veneración se suceden en el **Miércoles Santo.** El preludio de los días más grandes ha llegado. Las procesiones del Santo Vía Crucis de la Misericordia, la Procesión de Luz

y Tinieblas y la Quinta Angustia, ya al filo de la medianoche, nos hablan de amor y de sufrimiento. La sucesión de pasión y arte arranca al caer la tarde. Este Cristo de la Misericordia que hoy nos contempla abandona su capilla y sale a la calle para iniciar el camino de la cruz. Este año, además, lo hará con especial relevancia, acompañado de la nueva Virgen del Perdón, esta dolorosa de expresión dulce que ayer fue bendecida, que hoy nos mira desde su sobriedad castellana y que la Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia, túnica roja y capa blanca, estrena con indisimulado orgullo al cumplirse los 75 años de su creación.

Crece la Semana Santa de Palencia con nuevas imágenes, otro símbolo de su esplendor progresivo fruto de ese empeño común, como avanza el Miércoles Santo hacia su final con el oficio de Luz y Tinieblas y transita hacia el nuevo día con la Quinta Angustia. El silencio, solo roto por el ritmo que marca el tambor, nos envuelve, el quinto tormento de María se consuma, y amanece el Jueves Santo, el jueves del amor fraterno.

Pregonar la Semana Santa de Palencia es hablar del **Jueves Santo**, volver a depositar la mirada en la secular Cofradía de la Santa Vera Cruz y en el primer gran cortejo que en la tarde pondrá en la calle la emoción de los tronos más grandes y voluminosos. Horas después de que por la mañana, la procesión del Indulto, con preso liberado por el Consejo de Ministros o no, nos recuerde el pasaje que reúne a Jesús, Barrabás y Pilatos.

El relato de los principales momentos de la Pasión tiene en la capital palentina una cita ineludible con la multitudinaria procesión de la Oración del

Huerto. El espectacular discurrir por la Calle Mayor de los pasos del Lignum Crucis y de Nuestra Señora de la Vera Cruz, del imaginero Melchor Gutiérrez, provocan admiración y entusiasmo. Esfuerzo y devoción a partes iguales impregnan a las decenas de cofrades voluntarios que cargan las pesadas andas. Pasos al cielo al son de las marchas de las bandas. Los aplausos se suceden en el lento caminar de ese relicario que guarda la verdadera cruz de Cristo, una cruz para la vida y el consuelo, una cruz que más que nunca se hace amor y dulzura.

El silencio estremecedor vuelve en la madrugada del **Viernes Santo**. Cuando llega el Viernes Santo, los hermanos de la Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Madre La Virgen de la Amargura, hábito de sarga morada, cordón de lana amarillo tostado al cuello, siglos de historia les contemplan, sacan a hombros su querida imagen del viejo Nazareno, descalzos como ordena su regla, entre velas y faroles, en medio de la sombría noche. El Nazareno de Tomás de la Sierra abandona su capilla de la plaza de San Pablo, cae tres veces camino del Calvario y resuenan en mi memoria los versos del soneto que con tanto sentimiento le escribiera el recordado periodista palentino Félix Buisán Cítores, hermano de la cofradía.

Caminas a la muerte, Nazareno,
hoy, como ayer, transida la mirada.
Y en tu frente, de espinas maculada,
brota la sangre un triste desenfreno.

Ya sabes del dolor en el anteno
Getsemaní. Caíste en la cruzada
tres veces, y Simón -pena forzada-
comparte tu calvario, de él ajeno.

Reo del mundo absorto que te mira,
pasas Tu Cruz de nuevo, ante los ojos.
Un rezo desprendido el aire expira.

Caemos a tus pies, y, así, de hinojos,
creemos merecerte, Cristo amado,
iy pesa tanto aún nuestro pecado!

El día sucede a la noche y el protagonismo morado continúa temprano en este Viernes que transmite cada año compromiso, credo y testimonio, en un relevo de padres a hijos nunca escrito pero siempre interiorizado. Algunas de las tallas barrocas más antiguas de la Semana Mayor iluminan la mañana con la procesión de Los Sagrados Pasos. Las dos imágenes titulares de los nazarenos palentinos -Jesús Nazareno y el Cirineo y la Virgen de la Amargura- resplandecen. Otra vez se deja sentir en la sacra madera la gubia de Víctor de los Ríos. Hermanos descalzos portan algunas tallas como marca la regla nazarena. El desfile vuelve a la capilla de San Pablo. Llega el final y la emotividad se desborda. Jesús se despide de su madre. Sobriedad en las formas y calor y oración en los corazones.

El testimonio de un pueblo orgulloso se escribe cada tarde del Viernes en dos expresivas y bellas manifestaciones: la Función del Descendimiento y el Santo Entierro. La Cofradía del Santo Sepulcro vuelve al primer plano de la escena. La bajada de la cruz del Cristo del Desenclavo entre hábitos monacales llena de público la plaza de la catedral para dar a continuación paso a la procesión del Santo Entierro y a un yacente castellano que motiva devoción a manos llenas: el Santo Sepulcro. El paso titular de la cofradía, del escultor andaluz Ramón Núñez, expresa como pocos el dramatismo propio de una noche de luto y de dolor. Jesús muerto, Jesús en el sepulcro. A su lado, otras tallas completan y engrandecen la comitiva, el relato de una catequesis y de una lección espiritual que transita por las calles.

El dolor más inmenso se adueña del **Sábado Santo**. No hay mayor soledad que la de un ser humano que ha perdido a un hijo. La vida propia se le va en su muerte.

No sé dónde apoyarme.

Vacío está de todo ser el aire.

No estás. No estoy.

Qué giratorio cuerpo el de la nada.

El poeta José Ángel Valente se respondía con estos versos a sí mismo tras la muerte de su hijo al preguntarse qué era la soledad. La pena de una madre ante la ausencia de su querido hijo tiene en esta ciudad un rostro y unas

manos por antonomasia: la Virgen de la Soledad. La procesión de la Soledad de la Virgen, que organiza la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, túnica de terciopelo negro con cola larga, rinde el mayor homenaje que se tributa a la Virgen en la Semana Santa de Palencia. La Soledad, no obstante, no camina sola. Nunca lo ha hecho. Abandona solitaria su capilla de la plaza de San Francisco, pero pronto encuentra compañía. Las tallas marianas de otras cofradías la secundan y hacen único este desfile en España. Es también un homenaje de las mujeres palentinas, de esas madres que luchan día a día por sus hijos, a esa faz lívida y consumida de una afligida madre en la degollada noche del Sábado Santo. ¡Pero cuán poco falta para el éxtasis y la gloria!

El velo del luto y de la soledad cae con el primer sol del **Domingo de Resurrección**. La Semana Santa comenzó con alegría y concluye con alegría. De la alegría a la alegría. De la emoción a la emoción. De la exaltación a la exaltación. Del sentimiento más puro al mayor de los contentos. El sepulcro está vacío. Hay que madrugar para admirar el triunfo de la vida sobre las sombras, el encuentro de Jesús Resucitado con su Madre. Alegría y gloria. El Rompimiento del Velo, con la cofradía de la Vera Cruz al frente, anuncia y canta desde la Plaza Mayor a todos los palentinos que ha llegado la Pascua. “No está aquí, ha resucitado”. “Yo soy la resurrección y la vida”. Y todos creemos en la vida, en el triunfo de la vida.

Cristo sobre la muerte se levanta,
Cristo sobre la vida se incorpora,
mientras la muerte derrotada llora,
mientras la vida vencedora canta.

Cristo sobre la muerte se agiganta,
Cristo sobre la vida vive ahora,
mientras la muerte es muerte redentora,
mientras la vida es vida sacrosanta.

Cristo sobre la vida se adelanta
y allí donde la muerte ya no espanta
la vida con su vida corrobora.

Mientras la muerte que la vida ignora
siente que lo que ignora la suplanta
con una fuerza regeneradora.

El poeta y diplomático argentino Francisco Luis Bernárdez sintetiza en estos versos la gloriosa Resurrección de Cristo. Ha muerto por fin la muerte. Vida en vida se convierte. La primavera ya se intuye. Las calles se llenan de música y los cofrades vuelven dichosos a sus palacios desde la Plaza Mayor.

Las procesiones y el arte al servicio de la piedad popular han cumplido con su misión y han concluido. Pero en nuestro interior aún palpitan los sonidos armónicos de las bandas de cornetas y tambores, los singulares toques de los tararús, las llamadas a los hermanos, la vistosidad de las flores que han adornado las carrozas, el pan de anís y las almendras que han paliado el ayuno. Y abarcándolo todo: la comunión entre las cofradías palentinas, el habitual saludo entre sus estandartes. Porque aquí, en Palencia, las cofradías se arropan en todas las procesiones y en todas pueden participar. Una singularidad única que nos distingue y emociona. Una peculiaridad que nos diferencia y que nos enorgullece.

Sin embargo, el arraigo y la multiplicidad de la Semana Santa de Palencia no se entendería sin algunos héroes casi anónimos, sin esos cofrades que llevan años esforzándose en su hermandad para que todo salga bien en estas fechas tan puntuales. La relación de **nombres propios** podría sucederse casi hasta el infinito. Pero baste el de algunos a modo de ejemplo para reconocer que sin la dedicación y la entrega sin medida de esos hombres y mujeres no habría ni capataces, ni capilleros, ni camareras, ni costaleros, ni bandas, ni hermanos de luz, ni casilleros, ni jefes de paso, ni bodegueros, ni mayordomos, ni muñidores, ni tararús. Digámoslo de una vez: simplemente no habría cofradías. Simplemente no habría Semana Santa. Algunos nombres pueden ser más conocidos para el gran público palentino, como el de Antonio Merino Vítores, que fue hermano mayor del Cristo de la Misericordia y presidente de la Hermandad.

Pero el trabajo de otros se circunscribe al ámbito más próximo, al ámbito de su cofradía, y es ahí, en esa labor callada, en ese círculo de fe familiar y de amistad sin fisuras, donde sobresalen nombres como el de Jesús Cardenoso Becerril, de la Hermandad de Jesús de la Sentencia; el de José Ramos Villamediana, de Jesús Crucificado; el de Julián Simón Guerra, del Santo Sepulcro; el de José Fernando Villalba, de la Hermandad Franciscana Virgen de la Piedad; el de Pilar Fernández, de Jesús de Medinaceli; el de Tomás de la Sierra, de la Virgen de la Soledad; el de Javier Tejerina, de la Santa Vera Cruz; o el de Ramón González, de la Cofradía de Jesús Nazareno. Ellos y ellas, y muchos otros, claro, sí merecen nuestro reconocimiento y su aplauso.

Como debemos detenernos hoy y recordar el buen hacer de tutela y acompañamiento que los abuelos, los padres o los miembros de mayor edad de cada familia efectúan con los más jóvenes. Esa tarea de transmitir la fe y la importancia de los rituales se ha sucedido siglo tras siglo y ha posibilitado que la Semana Santa perviva, que permanezca más allá de modas y de avatares. Como debemos ensalzar hoy a todas esas madres, sí, las madres sobre todo, que se esfuerzan para que sus hijos salgan a las procesiones impolutos, primorosos, para que su cálida mano se deje sentir en sus hábitos y en su corazón, para que ese beso que depositan en sus mejillas antes de procesionar, o las palabras de aliento que les susurran cuando las filas marchan por nuestras calles, les ayuden a no desmayar y a que la Semana Santa de Palencia sea cada día más grande y verdadera.

Palentinos o afuereños, amigos todos:

Ha llegado la hora. Ya no hay nada que esperar. **La Semana Santa se aproxima y Palencia nos reclama.** Ha llegado también el momento de que la ciudad se ponga aún más guapa. Es tiempo de reflexión y de silencio. Sí. Pero también de mostrar la suerte y el privilegio que tenemos por haber nacido o por vivir aquí. El gran acontecimiento histórico de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo transforma la fisonomía de nuestra amada ciudad. Todos nos echamos a la calle con premura para participar en una cita anual ineludible. Deseosos de vernos, de encontrarnos, de acompañarnos. Los unos con los otros. Los que cada día compartimos nuestra felicidad o nuestros desvelos bajo los soportales de la Calle Mayor, lugar de paso obligado y primer rostro de la ciudad, y todos aquellos otros que cada día ponemos en común nuestro entusiasmo o nuestra pesadumbre en cualquiera de los queridos barrios. Pero también ha llegado el momento de mostrarnos con los brazos abiertos con generosidad a quienes nos visitan. La imagen que muestra la ciudad es ahora otra, llena de más olores, sabores y sensaciones. De más vida. Así es la Semana Santa que vivimos y que queremos. repleta de verdad. Y la ciudad nos tutea, nos seduce, nos invita y nos habla, y nosotros debemos escucharla.

Palencia, prepárate, viste tus mejores galas para recibir al Salvador y a su Madre. Y de paso presume de tu hermosura y de tu monumentalidad. La Palencia de recorrido cofrade resalta las capillas en que oran y trabajan todo el año sus hermanos, las iglesias y templos en que guardan sus imágenes.

La Palencia de recorrido cofrade dibuja cuadros hermosos al paso de los pasos. La Palencia de recorrido cofrade ensalza calles señeras, monumentos y museos que forman parte de nuestra existencia y de nuestra mejor cara: la centenaria catedral de San Antolín con su cripta, la mano maestra de Jerónimo Arroyo en el Palacio de la Diputación, el precioso cromatismo de la fachada de Villandrando, la conjunción de hierro y cristal de la Plaza de Abastos, el emblemático puente de Puente de Puentecillas... Palencia sabe vivir la Pasión con pasión y también debe vivir cada día más apasionada por lo suyo. Porque Palencia en sus monumentos se refleja y al cielo un nuevo sueño levanta, justo ahora, como cada año, cuando vislumbra su Semana Santa.

Palentinos y forasteros, amigos todos:

Ha llegado de nuevo la hora de mostrar los credos, de vestir las túnicas, de llevar las cruces, de cargar los pasos, de acudir a los oficios. Ha llegado de nuevo la hora de mantenernos en silencio cuando debemos, de sentir las marchas que engrandecen los desfiles, de proclamar la alegría de vivir, de tomar las calles, de abrir balcones y postigos. Ha llegado de nuevo la hora de enorgullecernos de la ciudad, de encontrarnos y de reencontrarnos en las esquinas, de convivir en hermandad. Ha llegado la hora de bajar el cielo a la tierra y de rozar el cielo con las manos, como a mí me ha ocurrido en esta noche de fe, mágica e irrepetible. Ya no hay nada que esperar. Ha llegado la hora. **La Semana Santa se aproxima y Palencia nos reclama.**

He dicho y queden con Dios.